

Retrocedamos un poco para contemplar la actitud del jeneral Orbegoso con respecto a Chile, cuando con ocasion de haberse movido Salaverry con su ejército hácia el sur, salió aquél de Arequipa i ocupó de nuevo a Lima. Su primer cuidado fué abrogar el tratado con Chile, no obstante haber sido bien aceptado por el comercio del Perú. La buena fortuna del Presidente de Bolivia envalentonaba cada vez mas a Orbegoso, que ya no disimuló su mala voluntad al Gobierno de Chile. Era notoria la intimidación que mediaba entre estos dos caudillos, i el ascendiente ilimitado que era razon que Santa Cruz ejerciese sobre Orbegoso desde el principio de la intervencion, i así era mui lójico suponer lo que muchos datos no tardaron en confirmar, a saber: que Orbegoso no se habria atrevido a derogar el tratado con Chile, sin el consentimiento i apoyo de Santa Cruz. En su correspondencia íntima ámbos jefes se preocupaban mucho de la opinion i actitud del Gobierno chileno con relacion al nuevo réjimen implantado en las Repúblicas del Perú i de Bolivia. Ya el 17 de Febrero de 1836, el dia mismo que Santa Cruz hacia fusilar en Arequipa a Salaverry i sus ocho

compañeros de armas, escribía confidencialmente a Orbegoso con referencia al Gobierno de Chile: "un tal gobierno es peligroso, i no debe merecer la menor atencion de nuestra parte." Decia esto, porque nuestro Gobierno se habia negado a venderle el bergantin *Aguiles*, no queriendo faltar a la neutralidad que se habia impuesto como un deber, durante la complicada guerra civil del Perú. Las desconfianzas i recelos de Santa Cruz fueron aumentando de dia en dia i a medida que avanzaba en la ejecucion de sus planes.

El Gobierno de Chile habia guardado cierta reserva i circunspeccion durante el curso de la campaña de Santa Cruz sobre el Perú. Pero en esto mismo habia creido encontrar el caviloso pacificador un síntoma de disgusto i mala voluntad de parte de Chile con respecto a los actos i consecuencias políticas de la intervencion. Por otra parte, los emigrados peruanos, que habian hallado en Chile un jeneroso asilo, hacian cruda guerra en la prensa a Santa Cruz i a sus empresas, miéntras tomaban su defensa en escritos de la mas encarnizada polémica los agentes diplomáticos de Bolivia i del Presidente Orbegoso, que no podian perdonar al Gobierno chileno su actitud tolerante i prescindente, que despues de todo no era mas que la consecuencia de su respeto a la lei que reglaba i garantia la libertad de la prensa en nuestro suelo. Estos mismos agentes diplomáticos, unidos con algunos chilenos enemigos de la administracion del jeneral Prieto, se empeñaban en prevenir los ánimos de Santa Cruz i de Orbegoso contra la política de nuestro Gobierno i buscaban los medios de derrocar a éste i producir un trastorno en la República.

Resultó de estas intrigas i maquinaciones la malhadada expedicion revolucionaria, emprendida desde el Callao en dos barcos de la marina de guerra del Perú, por un puñado de emigrados chilenos, a cuya cabeza aparecia el prestigioso jeneral Freire (julio de 1836). Junto con la noticia de esta expedicion, recibió el Gobierno de Chile informes e indicios que acusaban a Santa Cruz i a Orbegoso de favorecedores i cómplices secretos del complot. En esta ocasion el Gobierno chileno, inspirado i dirigido entónces por el espíritu perspicaz i resuelto de Portales, abandonó su prudente reserva en sus relaciones con el Perú,

i mientras se daba trazas para debelar i vencer a los expedicionarios apoderados de Chiloé, mandaba el bergantin *Aguiles* a sorprender la marina peruana en el Callao. El Gobierno acertó ámbos golpes. La empresa de los revolucionarios fracasó, cayendo su jefe i sus principales auxiliares en las manos del Gobierno; i el *Aguiles* volvió del Callao trayendo capturados tres de los principales bajeles de guerra del Perú. Este acto, que la prensa i los documentos oficiales del jeneral Santa Cruz, constituido ya en este tiempo en Protector supremo de los Estados Nor i Sur peruanos, calificaron de piratería i denunciaron al mundo, cual un hecho de atroz alevosía, no era, sin embargo, mas que una precaucion necesaria i autorizada por el golpe alevoso preparado en el Callao contra las autoridades de Chile. Así lo declaró el mismo jefe comisionado para la captura de los barcos peruanos, el cual manifestó al Protector que el ánimo del Gobierno chileno era solo retener en prenda aquellos buques, mientras aguardaba las satisfacciones a que creia tener derecho, por la expedicion revolucionaria de Freire.

El Protector comprendió que se las habia con un pueblo i un Gobierno cuya enemistad era temible, i deseando conjurarla, al ménos mientras afirmaba el réjimen político que acababa de fundar, procuró tratar con el mismo captor de los barcos peruanos, i ántes que dejase las aguas del Callao, le llamó i lisonjeó, protestando tener en mucho la amistad de Chile i no haber intentado jamas en manera alguna turbar su paz interior. Resultó de aquí el convenio firmado a bordo de la fragata inglesa *Talbot*, en el que el Protector, a pesar de su vanidad, hizo alarde de una condescendencia i mansedumbre inverosímiles, que solo sirvieron para descubrir con mayor claridad su política falsa e insidiosa i su propósito de conservar a toda costa la presa que ya tenia en las manos. El Gobierno de Chile no aprobó el convenio de la *Talbot*. Además nuevos datos i comprobantes habian robustecido en él la idea de que el jeneral Santa Cruz no era inocente en la empresa fraguada para revolucionar a Chile, i de que no era dable contar con la amistad sincera i desinteresada de aquel caudillo. Nuevas tentativas de revuelta se descubrieron en la República, i alguna hubo que debió estallar en la capital (Noviembre de 1836) i en cuyo

plan entraba el asesinato del ministro Portales. En esta conspiracion, denunciada a tiempo, se creyó implicado al Encargado de Negocios de Bolivia, es decir, al agente diplomático de Santa Cruz en Chile.

Al fin, el Gobierno chileno acabó por contemplar i juzgar a Santa Cruz i su obra política, a la luz de los mas altos i obvios principios de la moral i del derecho. Vió claramente en aquel caudillo a un soldado que, sin grandes dotes militares, gustaba del brillo de las armas i tenia la monomanía del mando. Hábil, trabajador i con buenas dotes administrativas, habia organizado cierto órden en Bolivia, pero con el propósito de crearse en este país una base sólida para sus futuras empresas de ambicion, pues desde años atras lo dominaba el deseo de formar un gran Estado en la América del Sur, siquiera fuese reuniendo por de pronto el Alto i Bajo Perú, lo que le pareció mas hacadero, i dejando a las eventualidades del tiempo el aumento i desarrollo de esta nueva entidad política. Lleno i preocupado de este anti-guo ensueño habia visto con gusto caer a San Martin, a Bolívar, a Sucre, a todos los cuales habia secretamente emulado (por no decir envidiado), sin que las vicisitudes i final suerte de estos grandes capitanes le enseñaran a moderar su ambicion, ni a ver quimeras en sus proyectos favoritos. Tenia fé en su astucia i habilidades maquiavélicas. Él habia soplado constantemente el fuego revolucionario en el Perú i aun en la República Argentina, i tomando pretesto del estado de conflagracion de las naciones vecinas, se habia hecho otorgar por los crédulos i condescendientes legisladores de Bolivia, exorbitantes facultades, con que esperó la ocasion de lanzarse sobre su deseada presa, so capa de pacificarla i regularizarla. La campaña de pacificacion del Perú no habia sido, en efecto, mas que una campaña de sojuzgamiento i de conquista, velada apénas con las formas de banales resoluciones i pronunciamientos arrancados a unas asambleas de pura apariencia, que reunidas a la sombra de las armas del pacificador i dominadas por el miedo o por la seducion, no fueron sino una tosca parodia de representacion popular.